

## La felicidad, desesperadamente

Así que hablaré de la felicidad... Ante un tema como éste, he de confesar que me encuentro dividido entre dos sensaciones opuestas. Primero, una sensación de evidencia, incluso de trivialidad, porque la felicidad, casi por definición, interesa a todo el mundo (acuérdense de Pascal: «Todos los hombres buscan la manera de ser felices. Esto no tiene excepción... Es el motivo de todos los actos de todos los hombres, hasta de aquéllos que se ahorcan»),<sup>1</sup> y debería por ello interesar aún más al filósofo. Tradicionalmente, históricamente, desde que los griegos inventaron la palabra y la cosa *philosophia*, es sabido que la felicidad forma parte de los objetos privilegiados de la reflexión filosófica, y que es incluso uno de los más importantes y uno de los

1. *Pensées*, fragmento 148-425 (la primera cifra corresponde a la edición Lafuma, Seuil, 1963; la segunda, a la edición Brunschvicg, Hachette, 1897); trad. cast.: «Pensamientos», en *Obras*, Madrid, Alfaguara, 1981.

más constantes. Piensen en Sócrates o en Platón, en Aristóteles o en Epicuro, en Spinoza o en Kant, en Diderot o en Alain... «¿No deseamos acaso todos nosotros, los hombres, ser felices?»<sup>2</sup> La respuesta es tan evidente, señala Platón, que la pregunta apenas merece ser formulada. «Efectivamente, ¿quién no desea ser feliz?»<sup>3</sup> La búsqueda de la felicidad es la cosa mejor repartida del mundo.

Sin embargo, también tengo, al mismo tiempo que esta sensación de evidencia o de trivialidad, la sensación de una cierta singularidad, de una cierta soledad, por no decir de una cierta audacia: este tema, que pertenece desde hace tanto tiempo a la tradición filosófica, lo dejan más o menos completamente de lado la mayoría de los filósofos contemporáneos —digamos los que han dominado la segunda mitad del siglo XX—, como si de repente la felicidad hubiese dejado de ser un problema filosófico. Por eso se sorprendieron mis colegas cuando publiqué mi primer libro, el *Traité du désespoir et de la béatitude...*<sup>4</sup> Les parecía que yo restablecía viejas nociones —la de la felicidad, la de la sabiduría...— que ellos consideraban obsoletas, arcaicas, superadas, y que yo filosofaba —es lo que me dijo mi en aquel entonces profesor de *khâgne*—\* de una forma caída en desuso; «desde hacía siglos», añadió —nunca he sabido si era un elogio o

2. Platón, *Eutidemo*, 278 e.

3. *Ibidem*.

4. Tomo I, *Le mythe d'Icare*, París, PUF, 1984; tomo II, *Vivre*, París, PUF, 1988.

\* *Khâgne* o *cagne*: en el argot escolar, clase de preparación para la École Normale Supérieure (letras). [N. del t.]

una crítica—, «como ya nadie se atreve...». Total, llevaba algunos siglos de retraso y no dejaron de llamarme la atención acerca de ello... Serán a menudo los mismos, algunos años más tarde, quienes me reprocharán mi *deslizamiento* por la moda (¿qué moda?, la de la sabiduría, la filosofía antigua, o a la antigua, la ética, la felicidad...). Sin embargo, apenas he cambiado, ni ellos tampoco. Es el público el que se ha movido, y tanto mejor si tengo algo que ver con ello. Mi primer libro se publicó en 1984; entonces parecía que yo llevara, efectivamente, varios siglos de retraso... Luego llegó el éxito, poco a poco, y comprendí que no llevaba más que una decena de años de ventaja. No presumo de ello. ¿Qué son diez años para la filosofía? Pero tampoco he de avergonzarme. La verdad es que el pasado de la filosofía está siempre delante nuestro, que nunca terminaremos de explorarlo, de comprenderlo, de tratar de prolongarlo... Y que, precisamente porque no he temido parecer superado o retrasado, ha podido ocurrir a veces que me adelantara un poco...

En todo caso, mi punto de partida, en filosofía, fue restablecer esta vieja cuestión griega y filosófica, la cuestión de la felicidad, de la vida buena, de la sabiduría. No por el gusto de navegar contra la corriente, sino porque tenía ganas de hacer filosofía como la hacían los maestros que yo amaba y admiraba, aunque hubiesen muerto, algunos de ellos hacía varios siglos: primero los griegos, por supuesto, pero igualmente Montaigne o Descartes, Spinoza o Alain... Por otra parte, en este camino había al menos un contemporáneo que me había precedido: Marcel Conche. Y otro que, sin seguirlo, me animaba a explorarlo:

Louis Althusser. Seguí su ejemplo o sus consejos. Retrocedí mucho en la historia de la filosofía para tratar de avanzar un poco. No tenía elección: no hubiese podido filosofar de otra manera.

En suma, quise restablecer no solamente la etimología, que no es más que un pequeño aspecto de la cuestión, sino también esa tradición pensante que quiere que la *philosophia*, como decían los griegos, sea, etimológica y conceptualmente, el amor a la sabiduría, la búsqueda de la sabiduría, una sabiduría que, efectivamente, para quien la alcanza y según la casi totalidad de los autores, se reconoce por una cierta calidad de felicidad. Si la filosofía no nos ayuda a ser felices, o a ser menos desgraciados, ¿para qué la filosofía?

El filósofo que más me marcó, durante todos mis años de estudios, más aún que Spinoza, y que Marx o Althusser, fue, sin duda, Epicuro, descubierto en *khâgne* y sobre quien versaría mi tesina. Muy pronto hice mía la bella definición que daba de la filosofía. Acuérdense de su primer curso de filosofía los que llegaron a *terminale*...\* Hay una pregunta que los profesores de filosofía de liceo (yo mismo lo fui durante varios años) hacen casi inevitablemente en la primera clase del año, a principios de septiembre. Hay que explicar, a unos adolescentes que nunca la han practicado, qué es la filosofía o, dicho de otro modo, qué se va a hacer, a razón de ocho, cinco o tres horas por semana, según la sección, durante un año entero; qué es esta nueva disciplina —¡nueva para ellos!— que se llama desde hace tanto tiempo filoso-

\* *Terminale*: último año del bachillerato francés. [N. del t.]

fía... Me contaron que uno de mis colegas, en esta primera clase del año, a la pregunta «¿Qué es la filosofía?» respondía: «La filosofía es realmente una cosa extraordinaria. ¡Hace veinte años que la enseño y sigo sin saber qué es!». Si fuese cierto, me parecería más inquietante que extraordinario. ¿Qué puede valer una disciplina intelectual que ni siquiera es capaz de definirse? Pero no me lo creo. La verdad es que se puede responder completamente a la pregunta «¿Qué es la filosofía?», e incluso de varias maneras diferentes —siendo ya filosófica esta misma pluralidad—. Por mi parte, como decía, hice mía la respuesta que Epicuro daba a esta pregunta. Adopta como es debido la forma de una definición: «La filosofía es una actividad que, mediante discursos y razonamientos, nos procura la vida feliz».<sup>5</sup> Me gusta todo en esta definición. Me gusta, primero, que la filosofía sea también una «actividad», *energeia*, y no solamente un sistema, una especulación o una contemplación. Me gusta que se haga mediante «discursos y razonamientos», y no a través de visiones, buenos sentimientos o éxtasis. Por último, me gusta que nos procure también «la vida feliz», y no solamente el saber ni, aún menos, el poder... O al menos que *tienda* a procurarnos la vida feliz. Si tengo una reserva al respecto de esta bella definición de Epicuro, es que no estoy convencido de que tengamos, nosotros, los modernos, los medios para asumir el bello optimismo griego o la bella confianza griega. Donde Epi-

5. Fragmento 219 de la edición Usener, transmitido por Sexto Empírico (*Adv. Math.*, XI, 169) y traducido por M. Conche, *Épicure, Lettres et maximes*, París, PUF, 1987, pág. 41.

curo escribía que «la filosofía es una actividad que, mediante discursos y razonamientos, nos *procura* la vida feliz», yo diría, más modestamente, que «*tiende* a procurarnos la vida feliz». Salvo esta reserva, su definición, que tiene veintitrés siglos y que pronto hará treinta años que me alumbra, sigue conviniéndome. ¿Qué es la filosofía? Para decirlo en palabras que sean mías (pero verán que mi definición es un calco de la de Epicuro), contestaría que «la filosofía es una práctica discursiva (procede “mediante discursos y razonamientos”) que tiene a la vida como objeto, a la razón como medio y a la felicidad como objetivo». Se trata de pensar mejor para vivir mejor.

El objetivo de la filosofía es la felicidad. O, más exactamente, el objetivo de la filosofía es la sabiduría, y *por lo tanto* la felicidad, ya que, una vez más, una de las ideas mejor probadas en toda la tradición filosófica, y especialmente en la tradición griega, es que la sabiduría se reconoce en la felicidad, o al menos en un cierto tipo de felicidad. Porque si bien el sabio es feliz, no lo es de cualquier manera ni a cualquier precio. Si bien la sabiduría es una felicidad, ¡no es una felicidad cualquiera! No es, por ejemplo, una felicidad que se obtenga a golpe de drogas, ilusiones o diversiones. Imaginen que nuestros médicos nos inventan, en los próximos años —algunos me han dicho que ya está hecho, pero, tranquilícense, hay que esperar más progresos—, un nuevo medicamento, una especie de ansiolítico y anti-depresivo absoluto, que sería al mismo tiempo un tónico y un estimulante: *la pastilla de la felicidad*; una pequeña pastilla azul, rosa o verde, que bastaría con tomar cada mañana para encontrarse permanentemente (sin ningún efecto secundario, sin acostumbrarse,

sin dependencia) en un estado de completo bienestar, de completa felicidad... No quiero decir que nos negaríamos a probarla, o a utilizarla incluso, a veces, cuando la vida es realmente demasiado difícil, con una cierta regularidad... Pero digo que rechazaríamos su satisfacción, casi todos, y que, en todo caso, rechazaríamos llamar *sabiduría* a esa felicidad que deberíamos a un medicamento. Lo mismo diría, por supuesto, de una felicidad que sólo viniese de un sistema eficaz de ilusiones, de mentiras o de olvidos. Porque la felicidad que queremos, la felicidad que los griegos llamaban «sabiduría», la que es el objetivo de la filosofía, es una felicidad que no se obtiene a golpe de drogas, de mentiras, de ilusiones, de *diversión*, en el sentido que Pascal da a este término; es una felicidad que se obtiene en una cierta relación con la verdad: una verdadera felicidad o una felicidad verdadera.

¿Qué es la sabiduría? Es la felicidad en la verdad o «el gozo que nace de la verdad». Esta última expresión es la que utiliza san Agustín para definir la beatitud,<sup>6</sup> la vida verdaderamente feliz, por oposición a nuestras pequeñas felicidades, siempre más o menos artificiales o ilusorias. Y percibo el hecho de que esta misma palabra «beatitud» es la que Spinoza

6. *Confessions*, X, 23 (trad. cast.: *Confesiones*, Madrid, Alianza, 1998). Sobre el «eudemonismo fundamental» de san Agustín, véase E. Gilson, *Introduction à l'étude de saint Augustin*, Vrin, 1982, págs. 1-10 y 149-163. En realidad, este eudemonismo no hace más que prolongar el eudemismo griego: «Un griego, sea cual sea su concepción de la esencia de la moralidad, no ve otro fin último para la actividad que la obtención y la conservación de la felicidad» (León Robin, *La morale antique*, PUF, 1963, pág. 72).

retomará, mucho más tarde, para designar la felicidad del sabio, que no es el premio de la virtud, sino la virtud misma... La beatitud es la felicidad del sabio, por oposición a las felicidades que conocemos de ordinario, nosotros que no somos sabios, digamos por nuestros rostros de felicidad, que se alimentan a veces de drogas o de alcoholes, y a menudo de ilusiones, diversión o mala fe. Pequeñas mentiras, pequeños derivados, pequeñas medicaciones, pequeños estimulantes... No seamos demasiado severos. No siempre podemos prescindir de ellos. Pero la sabiduría es otra cosa. La sabiduría sería la felicidad en la verdad.

¿La sabiduría? Es una felicidad verdadera o una verdad feliz. Pero no hagamos de ella un absoluto. Se puede ser *más o menos* sabio, como se puede estar más o menos loco. Digamos que la sabiduría indica una dirección: la del máximo de felicidad en el máximo de lucidez.

Por lo tanto, está claro que la felicidad es el *objetivo* de la filosofía. ¿Para qué sirve filosofar? Sirve para ser feliz, para ser *más* feliz. Pero, aunque la felicidad sea el *objetivo* de la filosofía, no es su *norma*. ¿Qué quiero decir con esto? El objetivo de una actividad es aquello hacia lo que tiende; su norma es aquello a lo que se somete. Cuando digo que la felicidad es el objetivo de la filosofía pero no su norma, quiero decir que no porque una idea me haga feliz he de pensarla, pues muchas ilusiones confortables me harían más fácilmente feliz que varias verdades desagradables que conozco. No he de pensar una idea porque me haga feliz (de lo contrario, la filosofía sería sólo una versión sofisticada, y sofisticada,



del método Coué:\* se trataría de pensar «positivamente», como se dice, o, en otras palabras, de contarse historias). He de pensar una idea *porque me parece verdadera*. La felicidad es el objetivo de la filosofía pero no es su norma, porque la norma de la filosofía es la verdad, o al menos la verdad posible (puesto que no la conocemos nunca toda, ni absolutamente ni con una certeza total), lo que yo llamaría, corrigiendo a Spinoza con Montaigne, *la norma de la idea verdadera dada o posible*. Se trata de pensar no lo que me hace feliz, sino lo que me parece verdadero, a condición de que trate de encontrar, ante esa verdad, por muy triste o angustiosa que sea, el máximo de felicidad posible. La felicidad es el objetivo; la verdad es el camino o la norma. Esto significa que si el filósofo ha de elegir entre una verdad y una felicidad —el problema no siempre se plantea en estos términos, afortunadamente, pero a veces ocurre—, si el filósofo ha de elegir entre una verdad y una felicidad, es filósofo, o digno de serlo, solamente si elige la verdad. Más vale una verdadera tristeza que una falsa alegría.

No todo el mundo estará de acuerdo acerca de este último punto. Sin duda, en esta sala habrá quienes estarán pensando que, mirándolo bien, entre una verdadera tristeza y una falsa alegría, optarían por la falsa alegría... Algunos, pero no todos. En efecto, disponemos aquí de una excelente piedra de toque para saber quién es filósofo con el alma y quién no lo es.

\* Método de curación por autosugestión del farmacéutico y psicoterapeuta Émile Coué, Troyes, 1857-1926. [N. del t.]

Toda definición de la filosofía entraña ya una filosofía. Desde mi punto de vista, sólo es verdaderamente filósofo el que ama la felicidad, como todo el mundo, y ama *aún más* la verdad: sólo es filósofo el que prefiere una verdadera tristeza a una falsa alegría. En este sentido, hay muchos filósofos que no son profesionales de la filosofía, tanto mejor; y hay también profesionales o profesores de filosofía que, sin embargo, no son filósofos, y es una lástima.

Lo esencial es no mentir y, antes, *no mentirse*. No mentirse sobre la vida, sobre uno mismo, sobre la felicidad. Y porque no quisiera mentir he adoptado el siguiente plan. En un primer momento, trataré de comprender por qué no somos felices, o tan poco, o tan mal o tan excepcionalmente: es lo que llamaré *la felicidad fallida o las trampas de la esperanza*. En un segundo momento, a fin de tratar de salir de esta trampa, expondré una *crítica de la esperanza*, que desemboca en lo que llamaré *la felicidad en acto*. Por último, en un tercer momento, que podría llamarse *la felicidad desesperadamente*, terminaré evocando lo que podría ser una sabiduría de la desesperación, en un sentido que precisaré, que también sería una sabiduría de la felicidad, de la acción y del amor.